

según se dijo, del emperador, pero muy resuelto á no ceder. Y es que, si había adivinado las supremas indecisiones de Napoleón III, había adivinado también que con una persistente energía triunfaría hasta de aquellas vacilaciones. Por la noche escribió al general La Marmora: «La cuestión italiana ha sido iniciada de la peor manera posible.» Pero añadió luego: «La guerra es inevitable: se retrasará al menos dos meses; tendrá efecto á orillas del Po y á orillas del Rhin (1).» Al día siguiente, en el momento de salir de París, Cavour quiso recordar al emperador, por medio de otra carta, sus antiguas simpatías, sus estímulos y sus promesas; quiso decirle, en una palabra, todo lo que en la conversación del día antes la presencia de Walewski le había obligado á callar ó abreviar. Denunciaba de antemano la impotencia del congreso; suplicaba al soberano que permaneciese sordo á los consejos de su ministro de Negocios extranjeros; le exponía vivamente los peligros de una política retrógrada que convertiría la Italia en enemiga mortal sin reconquistar la amistad perdida de Inglaterra y de Austria; pintaba la terrible situación del rey, reducido á la abdicación si se veía abandonado; conjuraba, en fin, al emperador que fijara en un *memorándum* las condiciones que impondría al gobierno de Viena (2). Después de haber dado este último golpe, Cavour partió. El 1.º de abril estaba en Turín, donde encontró en el andén del ferrocarril numerosos grupos de amigos suyos, dispuestos á hacerle una ruidosa ovación y á saludar en él al infatigable creador de Italia.

VIII

No tardó en saberse lo justificado de aquella ovación. Del cambio de impresiones sobre el congreso se habían desprendido dos cuestiones de las cuales dependería sin duda la paz ó la guerra: *La Cerdeña ¿sería admitida en el congreso? En segundo lugar, ¿sería invitada al desarme?* Sobre la primera cuestión, Inglaterra, fielmente seguida por Prusia, proponía la exclusión del Piamonte, no por malevolencia, sino porque su admisión hubiera acarreado la de los otros principados italianos, lo cual hubiera dado una influencia preponderante al Austria: subsidiariamente, emitía la opinión de que los representantes de los Estados italianos, sin formar parte de la asamblea, tuviesen en ella voz consultiva en todos los asuntos que les interesasen. En cuanto al desarme de la Cerdeña, la Gran Bretaña lo juzgaba necesario, pero con la garantía formal de Francia é Inglaterra contra todo ataque. A esas proposiciones desde luego implícitamente admitidas ó débilmente contradichas, el gabinete de las Tullerías, de resultas del viaje de Cavour, opuso contestaciones dilatorias ó negativas. En 30 de marzo, Cowley telegrafió á lord Malmesbury que no podía obtener ninguna solución satisfactoria respecto al desarme ni respecto al modo de representación de los pequeños Estados italianos. En 1.º de abril, el marqués de Azeglio, ministro de Cerdeña en Londres, de regreso de París, donde había asido llamado por su jefe,

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, páginas 53-54.

(2) Carta de Cavour al emperador Napoleón III, 30 de marzo de 1859 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, páginas 376-380).

confirmó aquellas malas noticias: anunció á lord Malmesbury que Cavour se negaba al desarme y no consentiría jamás en sentarse á la mesa del congreso si no había de tener en él más que voz consultiva (3). ¿Se hubiese mostrado Cavour tan audaz, si su reciente viaje no hubiese vuelto á fortalecer su influencia sobre el emperador? Lo que confirmaba aquella desconsoladora impresión eran los despachos recibidos de Turín, que anunciaban un recrudecimiento de ardor. El 17 de marzo, un decreto había autorizado la creación de cuerpos francos, y los voluntarios formados en Cuneo y en Savigliano. Garibaldi se hallaba en Turín, donde celebraba conferencias con el jefe del gabinete y con el rey, y ya alistaba todas las fuerzas revolucionarias bajo la bandera de Víctor Manuel. A los que hablaban del congreso, los amigos y servidores del primer ministro replicaban: «No habrá congreso; el Sr. de Cavour está demasiado contento para ello (4).» A pesar de aquellos síntomas alarmantes, Cowley quiso ver otra vez á Walewski, á fin de arrancarle, si era posible, su secreto; en 4 de abril lo visitó y obtuvo de él, entre otras confidencias, la siguiente: «La visita de Cavour ha sido pernicioso, pero no ha alterado las resoluciones del emperador al extremo de decidirlo á la guerra.—¿Y el desarme?, objetó Cowley.—¿El desarme?, replicó el ministro; confieso que el Piamonte no se ha prestado á él; pero puedo afirmaros que no hay argumento de persuasión que el emperador no haya empleado con Cavour para hacerle aceptar esa medida. Su Majestad hasta apeló á su propia situación diciendo que lo acusarían de deslealtad, pues nadie creería que en las circunstancias actuales la Cerdeña obraba contra los deseos del emperador. Pero ni los ruegos ni las amenazas han producido el menor efecto en Cavour, quien ha persistido en decir que el rey y su gobierno estarían perdidos si se adhiriesen á tan humillante proposición (5).»

Este lenguaje era espantoso hasta en su moderación, pues denunciaba la insondable debilidad de la poderosa Francia. Llega un punto en que el desatino, lo mismo que la lógica extrema, desconcierta y paraliza toda contestación. Lord Cowley escuchaba con mudo asombro aquel lenguaje inaudito. «Era la gloriosa Francia la que se encadenaba voluntariamente á remolque del pequeño Piamonte! Como si hubiese perdido la facultad de querer, la Francia se negaba el derecho de imponer al Piamonte aquel desarme que aseguraría la paz: se limitaba á aconsejarlo, á aconsejarlo por medio de una advertencia tímida que despojaba previamente de toda sanción. Y si el Piamonte no seguía aquel consejo humildemente dado en voz baja, casi en forma de súplica; si del contacto de todos aquellos batallones concentrados en las márgenes del Tesino nacía algún choque; si el Austria, cansada de tantos retos, cometía la suprema torpeza de asumir el papel de provocadora, Francia seguiría ciegamente, de modo que, por una increíble interversión de los papeles, el eje de la política se hallaría transportado de París á Turín y del palacio de las

(3) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 165, 170 y 171.

(4) De la Rive, *Comte de Cavour, récit et souvenirs*, pág. 293.

(5) Lord Cowley á lord Malmesbury, 5 de abril de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 191-192).

Tullerías al modesto domicilio de Cavour. ¿Qué lazo misterioso había anudado aquella política? Al llegar á este punto, Europa se perdía en conjeturas, y como toda aquella conducta parecía inexplicable, tan pronto la atribuía al miedo á los asesinos procedentes de Italia, como trataba en vano de adivinar algunas estipulaciones ocultas cuyo secreto y cuyo precio á la vez descubriría sin duda el porvenir.

El peligro aumentaba no sólo en París y en Turín, sino que también en Viena, donde los resentimientos largo tiempo reprimidos amenazaban estallar. En el lenguaje hasta entonces tan prudente de la prensa austriaca empezó á observarse, hacia fines de marzo, un cambio notable. El tono más altivo y acerbo de los periódicos reveló una funesta disposición á echar los dados y á confiar á las armas el juicio de la querrela. Según la prensa vienesa, los representantes del emperador Francisco José no podían figurar en ningún congreso hasta que hubiese cesado todo el ruido armado en Turín. Era necesario, no sólo que la Cerdeña procediese al desarme, sino que además bajase Cavour del poder y el rey Víctor Manuel repudiase sus pasados errores. Respecto á Francia, se la acusaba de fomentar en Europa el espíritu de disputa y de tener siempre de reserva algún *casus belli* preparado. Hasta en las esferas oficiales se sentían los restos de una paciencia que se agotaba. En sus conferencias, Buol, exasperado, se mostraba rígido, áspero, sutil, lleno de argucias, y lejos de limitar sus exigencias, las aumentaba. Contando con el apoyo de Alemania, abrigaba el pensamiento de oponer á las pretensiones francesas una especie de *Santa Alianza* reconstituída, y renovaba con jactancia la pretensión de introducir en el congreso los pequeños Estados italianos, á excepción del Piamonte. Mientras tanto, nuevos batallones se dirigían hacia Italia, una febril actividad presidía á la reparación de las fortalezas, las ciudades lombardas eran puestas en estado de defensa, de modo que á uno y otro lado del Tesino se multiplicaban las vivas imágenes de la guerra próxima. En los consejos de Francisco José dominaba una preocupación fija: el desarme de la Cerdeña. «Es la condición *sine qua non* de nuestra entrada en el congreso, no se cansaba de repetir Buol; de lo contrario, toda la negociación no sería más que una comedia.» Y añadía en un tono cada vez más resuelto: «Ni el emperador, mi soberano, ni el gobierno, ni el público, creen en la paz. Lo único que haría creer en ella sería el desarme de Cerdeña. Mientras tanto, el congreso no parece sino un medio de ganar tiempo y de aislar á la Prusia y á Inglaterra.» Así hablaba Buol en 31 de marzo, el mismo día en que Cavour regresaba á Turín, donde le aguardaban las aclamaciones de sus amigos. En 6 de abril, el embajador de Inglaterra, lord Loftus, tuvo otra entrevista con el jefe del gobierno austriaco y le anunció las malas noticias que había recibido de París, el funesto resultado del viaje de Cavour, las disposiciones de la Cerdeña, que se negaba al desarme y á aceptar un papel secundario en el congreso. Buol escuchó con calma aquellas noticias, como hombre que juzga la guerra inevitable. Contentóse con observar que la Cerdeña, al negarse al desarme, proporcionaba la prueba material de sus ambiciones. Como lord Loftus hubiese sugerido la idea de que cada uno de los dos ejércitos se mantuviese á diez

leguas del Tesino, Buol replicó vivamente: «No, no, eso es inaceptable, y, si se me hiciera tal proposición por escrito, yo contestaría agríamente.» Añadió que el ministro de Prusia le había sometido ya aquella combinación y que él la había rechazado. «Pero, insistió lord Loftus, la Europa ¿va á ser arrastrada á la guerra por la sola obstinación de la Cerdeña en no disgregar sus contingentes? ¿Cómo puede la valerosa Austria temer los esfuerzos más ridículos que alarmantes de la pequeña Cerdeña? A estas últimas palabras Buol contestó con gravedad: «No, el Piamonte no nos asusta, pero lo consideramos como la vanguardia de Francia... No tenemos confianza en la corte de las Tullerías. Si el emperador Napoleón quiere realmente la paz, el arreglo es fácil: que el Piamonte proceda al desarme,» ó bien, añadió Buol después de una pausa y en un tono más conciliante, que *el desarme sea general, de modo que el Piamonte parezca menos obedecer á una intimación que someterse á la ley común...* Pero, concluyó el canciller austriaco, «no nos hacemos ilusiones, es la punta de la espada y no el ramo de olivo lo que Francia nos presentará (1).»

IX

Todo tendía hacia la guerra. Sin embargo, en la entrevista que acabamos de referir, una idea había llamado sobre todo la atención de lord Loftus, la de un desarme, no ya aplicado á la Cerdeña sola, sino hecho extensivo á todas las potencias. ¿Podía el Piamonte negarse á seguir el ejemplo de la poderosa Francia y de la poderosa Austria? Lord Malmesbury, en sus laudables esfuerzos en favor de la paz, acogió ese expediente, se agarró á él como á una suerte inesperada y se apresuró á recomendarlo á los gobiernos de San Petersburgo, de Berlín y de París.

El 7 de abril, lord Cowley visitó á Walewski y le sometió aquella combinación del *desarme general*, combinación que ponía á salvo el amor propio de la Cerdeña y no dejaba lugar á ninguna objeción seria. ¿Cuál no sería la decepción del embajador cuando, en vez de una adhesión calurosa, encontró en el ministro francés la más indiferente frialdad! «¡Desarmar!, replicó Walewski, ¡pero si no nos hemos armado!» Y cambiando de conversación, extendióse sobre un proyecto de origen ruso, proyecto extraño que consistía en celebrar el consejo, pero sin Austria, prescindiendo de ella. Al día siguiente, lord Cowley se decidió á ir á las Tullerías en busca de las aclaraciones que no encontraba en el *quai d'Orsay*. El momento no era oportuno. El emperador había recibido importantes despachos sobre los preparativos militares de Austria; además acababan de comunicarle por conducto de la legación sarda una proclama belicosa dirigida á las tropas concentradas en Lombardía. A la proposición de desarme general, Napoleón se limitó á contestar: «Si el Austria quiere el desarme, que empiece por efectuarlo ella... En cuanto al gobierno piamontés, le he aconsejado varias veces, de palabra y por escrito, que suspendiese ó limitase sus preparativos; mis consejos no han sido atendidos y no puedo renovarlos.

(1) Despachos de lord Loftus á lord Malmesbury, 6 de abril (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 209, 212 y 213).

Por lo que toca á nosotros, ¿cómo queréis que desarmemos, si no hemos armado?» Habiendo observado lord Cowley que se trataba de proclamar un principio general, el emperador replicó: «El principio es excelente, pero sólo se podrá aplicar después del congreso y en caso de acuerdo.—No, no, repuso vivamente Cowley, el desarme debe preceder á las conferencias, porque ¿cómo discutir bajo el ruido de las armas?» La conversación duró todavía un buen rato; pero el soberano despidió al diplomático sin darle contestación alguna (1).

¿Había que renunciar á toda esperanza? Con el emperador, nunca se podía contar enteramente para nada, ni en bien ni en mal. El 10 de abril, habiéndose avisado Cowley otra vez con Walewski, éste le recibió con un semblante menos sombrío, le anunció que había tenido una conversación muy seria con el emperador, se hizo explicar de nuevo el sentido de la última proposición inglesa, y en nombre de su soberano acogió la idea de un desarme general que sería proclamado en principio antes del congreso y puesto en ejecución al principio de las conferencias. El gobierno inglés, infatigable mediador, apresuróse á transmitir á Viena la buena noticia y en repetidos telegramas suplicó al Austria que no dejase escapar la ocasión, que la cogiese al vuelo y quitase á Francia, mediante una calurosa aceptación, todo pretexto de nuevo retroceso ó contradicción. Buol se adhirió al desarme general; propuso que una nota oficial simultánea lo anunciase en el *Monitor*, en la *Opinione* y en la *Correspondencia austriaca*. Sobre un punto difería empero del gabinete de las Tullerías: pedía que el desarme fuese no sólo proclamado en principio, sino efectuado en parte antes del congreso. Pero esa divergencia era secundaria y no fundamental.

¿Quién es capaz de contar las variaciones de la política napoleónica, y sobre todo quién las explicará jamás? El 10 de abril todo parecía conducir á la paz; el día 12 todo se presentaba otra vez revuelto. En este día, Walewski explicó á lord Cowley, asombrado, que el gabinete de las Tullerías se adhería sin duda á la idea de un desarme, que el expediente era bueno, excelente, enteramente plausible, pero que no podía aplicarse á la Cerdeña: «El Piamonte, en efecto, explicó Walewski, no puede ser invitado á aceptar el principio de un desarme que será dispuesto en un congreso en el cual no tomará parte.» La contestación de lord Cowley no se hizo esperar: «¿Con qué objeto se imaginó la idea de un desarme general, sino para velar lo que el desarme aislado de Cerdeña pudiese tener de mortificante para ésta?» Walewski, algo desconcertado á su vez, habló de malas inteligencias y pidió una nota escrita que precisase las miras de las potencias. Cowley, perdiendo ya la paciencia, trató, en fin, de comprender aquella política ondulante que se esquivaba siempre: «¿Cómo queréis que vayamos, dijo al ministro francés, á un congreso que puede resultar vano por la sola obstinación del Piamonte? Supongamos que el congreso se celebre sin que la Cerdeña consienta en acceder al principio del desarme, y supongamos que después del congreso se

(1) Despacho de lord Cowley á lord Malmesbury, 9 de abril de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 219 y 228).—Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo II, página 167.

niegue á licenciar sus contingentes: ¿podéis afirmar que, en tal caso, en presencia de esa obstinada negativa, el gobierno piamontés no podrá ya contar con ningún auxilio de Francia?» La contestación fué indecisa y fluctuante. «Así lo creo, replicó Walewski; pero nada de positivo puedo declarar sin haber recibido las órdenes del emperador (2).»

Así se alargaban las negociaciones, incoherentes hasta por su complicación. Algo desengañada de Francia, Inglaterra enviaba sus consejos á Turín; pero allí la escuchaban aún menos que en París. A las indicaciones de los encargados de negocios ingleses y prusianos, Cavour oponía toda clase de medios dilatorios. El rey no se encontraba en Turín; él no se había hecho cargo del objeto del congreso y esperaba despachos que le permitiesen dar explicaciones más precisas. Seguro de que, las preguntas de los diplomáticos extranjeros se repetirían sin tregua, decidióse en fin á hablar y declaró que si le admitían en el congreso al igual de las otras potencias, se sometería como ellas al desarme general, pero que, no siendo admitido en las conferencias, esa misma exclusión le descargaba de las obligaciones comunes. Tal fué la contestación de Cavour. No la había formulado solo. Era la reproducción textual de un despacho telegráfico que el príncipe Napoleón había dictado al Sr. de Villamarina, y el príncipe no había trazado aquel despacho sino después de haber recibido instrucciones del emperador (3).

Mientras tanto, en Francia, las amenazas de guerra suscitaban una reprobación que, lejos de disminuir, se acentuaba. Los que no podían ó no se atrevían á llevar sus quejas hasta las Tullerías las confiaban al ministro de Negocios extranjeros, suplicándole que en aquella suprema crisis emplease en favor de la paz toda su influencia cerca del soberano. Walewski no necesitaba que le estimularan en ese sentido. Por debilidad ó por abnegación, consentía en traducir en fórmulas diplomáticas las vagas é inquietantes miras de su soberano; pero, á través de aquellas obligadas desviaciones de su pensamiento, era fácil penetrar un deseo perseverante de paz. En sus conferencias con el representante de Cerdeña, apelaba á los consejos y hasta á la intimidación para contener las ambiciones de Cavour, á quien odiaba y de quien era odiado. En los días 14 y 15 de abril, como era evidente que el desenlace, en uno ú otro sentido, se aproximaba, redobló sus instancias cerca del embajador sardo, le hizo ver vivamente los peligros de una guerra que podría, antes de la llegada de todo auxilio francés, abatir y arruinar para siempre al Piamonte, le instó para que aconsejase el desarme, que valdría á su país todas las simpatías de Europa y permitiría que Víctor Manuel sacase del congreso ventajas tan grandes y menos inciertas que las de una guerra, por afortunada que esta fuese. «Lo que pedimos en forma de súplica, añadía el ministro francés, quizá dentro de pocos días tengamos necesidad de exigirlo.» Walewski iba más lejos. Daba á Cerdeña una especie de plazo, un plazo de tres días que expiraría el 18 de abril; pasado

(2) Parte de lord Cowley á lord Malmesbury, 13 de abril (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 239).

(3) Despacho telegráfico del Sr. de Villamarina al Sr. de Cavour, 15 de abril de 1859 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, páginas 60 y 484-485).

este plazo, la Francia, á pesar suyo, á pesar de sus simpatías manifiestas, se uniría á Inglaterra y concertaría su acción con ella (1).

¿Cuál de las dos políticas iba á prevalecer en el ánimo del emperador, aquella política de prudencia patrocinada por Walewski, ó aquella otra belicosa de la cual el príncipe Napoleón era entonces el principal órgano? Llegó un momento en que se pudo esperar y hasta creer que Europa escaparía á la calamidad de la guerra. En la tarde del 18 de abril, Walewski envió al duque de Malakof, embajador de Francia en Londres, un telegrama así concebido: «Servíos declarar sin dilación á lord Malmesbury que, si Inglaterra nos promete insistir con nosotros sobre la admisión de las potencias italianas en el congreso, aconsejaré inmediatamente y por telégrafo al Piamonte, que se adhiera al principio del desarme, cuya ejecución será determinada antes de la reunión del congreso, si es preciso. Si me contestáis que sí, mi telegrama para Turín partirá al instante.» Después de tantas evoluciones desconcertadoras, por fin se había logrado algo de positivo. La contestación afirmativa de Londres no se hizo esperar. En seguida, el telegrama que aconsejaba imperiosamente el desarme partió de París para Turín, y en la noche del 18 al 19 de abril fué comunicado á Cavour.

Cavour había llegado á la última y más terrible crisis de su fortuna. Los recientes historiadores de Italia han referido, en dramáticas narraciones, su emoción, sus iras, sus ideas de resistencia, aunque tuviese que hacer frente al Austria sin auxilio de nadie. Desarmar su ejército, era desmentir toda la política pasada; era trocar con algunas ventajas parciales los frutos aleatorios, pero soberbios, de la lucha; era poner en peligro al gobierno y á la dinastía, porque el gran agitador había llevado las cosas á tal punto que el ejército revolucionario estaba organizado de manera que no era fácil licenciarlo ni disolverlo. ¿Qué hacer? A pesar suyo, Cavour se resignó, esperando que algún golpe inesperado le evitaría la humillación y el apuro de consumir su sacrificio. Algunos informes secretos, aunque muy vagos todavía, confirmaban ya aquella esperanza. El 19, la aceptación del gobierno sardo fué notificada á París y á Londres. El día 21, el *Monitor* anunció el desarme general y la próxima apertura del congreso. ¡Ay! La buena noticia había cesado de ser verdadera en el momento mismo de ser publicada.

X

Lo mismo en las esferas más humildes que en los rangos más elevados de la vida, la paciencia no es una virtud eficaz si no se la practica hasta el fin, con un espíritu tranquilo y bastante dueño de sí mismo para cernerse por cima de todos los retos. El gran escollo de la longanimidad son las temeridades, tanto más terribles cuanto mayores hayan sido los esfuerzos de los resentimientos á fin de contenerse. Sucede entonces que los más moderados pierden, á causa de un solo arrebató, el fruto de la más meritoria prudencia, pues la generalidad de los hombres, que difícilmente descubre la

(1) Despachos y telegramas de Villamarina á Cavour (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 60, 483 y 484).

íntima relación de las cosas, no conserva más que una impresión, la del último acontecimiento, y califica de agresor, no al que por medio de una serie de bravatas ó hábiles artificios ha hecho que la lucha fuese necesaria, sino al que, en un arrebató de cólera, ha causado la primera herida. Después de una larga prudencia, Austria iba á cometer esa grave falta y á acarrearle ese injusto, pero inevitable juicio.

Su excusa es la intolerable situación en que le habían colocado la doblez del Piamonte y la política ambigua de Francia. Hacía largos años que luchaba contra las calumnias de Cavour, calumnias propagadas por la prensa, consignadas en los despachos oficiales, propaladas hasta en los congresos. Se censuraban sus rigores y se hacía burla de sus concesiones. Detrás del Piamonte se ocultaba Napoleón III, enemigo misterioso cuya hostilidad se sentía sin que se la pudiera definir y que tenía en sus manos los hilos de la política que dirigía Cavour. Ultimamente la agudeza de la crisis había llegado á ser tal, que la misma guerra parecía preferible á la expectación ansiosa en que todo el mundo se consumía. El estado precario de la hacienda obligaba á suspender los armamentos ó á utilizarlos en un plazo breve. Para la lucha, el emperador Francisco José disponía de numerosas tropas, disciplinadas, fieles y exasperadas por largos retos. De ahí la intención de adelantar la batalla en vez de eludirla, y de convertirse á su vez en provocador; insigne torpeza que iba á permitir á Cavour el presentarse como víctima y á transformar á Napoleón en protector declarado del oprimido.

Hacia un mes que esa desdichada idea germinaba en los consejos del joven emperador de Austria. Era esa idea la que había inspirado las últimas movilizaciones de las tropas. Ella era la que acababa de determinar el envío á Berlín del archiduque Alberto, encargado de realizar una alianza militar entre los Estados alemanes. A principios de abril, el general Giulay había recibido la orden de ultimar sus preparativos para entrar en campaña dentro de un plazo de diez ó doce días: luego varios despachos, vagos todavía, le habían dejado presentir algún grave mensaje que uno de sus oficiales tendría que llevar pronto á Berlín. ¿Cuál sería el mensaje? Lord Malmesbury lo supo, el 16 de abril, de labios del conde Apponyi, embajador de Austria en Londres. El gabinete de Viena se proponía enviar directamente una intimación al gabinete de Turín á fin de que redujera su ejército al efectivo de paz y licenciase sus cuerpos francos. Lord Malmesbury, asustado, había expuesto vivamente al conde Apponyi los peligros de semejante conducta y enviado á Viena despachos tras despachos á fin de evitar tan funesto golpe (2). Las contestaciones habían dejado esperar una prórroga, pero nada más que una prórroga.

Aquí la coincidencia de fechas es tan curiosa como lamentable. El 19 de abril, Cavour consternado se adhirió á la proposición del desarme general, y aquel mismo día el conde Buol confió á uno de los jefes militares que iba á Milán el texto del ultimátum austriaco con orden de remitirlo á Turín. El día 20, el embajador de Inglaterra, lord Loftus, se presentó muy temprano en casa del canceller y le anunció alegremente la

(2) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 244-247.

adhesión de Cerdeña al proyecto de desarme, felicitándole por el feliz desenlace de la crisis. Lejos de aceptar las felicitaciones, Buol le enteró de la grave medida tomada el día antes por iniciativa y orden del emperador Francisco José. Sorprendido, disgustado y asustado sobre todo, lord Loftus preguntó con ansiedad al jefe del gabinete austriaco si el emperador, en el momento de resolver el envío de la intimación, conocía la adhesión de Cerdeña. Buol contestó negativamente, pero no ocultó que la decisión era ya irrevocable. La confianza que el ministro austriaco acababa de hacer á lord Loftus, la hizo también al embajador de Rusia y, algo más tarde, al encargado de negocios de Francia, señor de Bonneville. En la noche del 20 al 21 de abril se supo definitivamente la gran noticia en las Tullerías. En la mañana del 21, á la hora misma en que el *Monitor* publicaba la nota tranquilizadora que hacía presagiar el acuerdo, se sabía en todas las cancillerías la súbita y violenta evolución que destruía las mejores esperanzas de paz.

Del uno al otro confín de Europa, el clamor contra Austria fué unánime, clamor interesado de los belicosos, satisfechos de poder decir que habían sido provocados; clamor irritado de los pacíficos, despechados de ver que todos sus esfuerzos resultaban inútiles. En medio de tal confusión, ¿qué podía hacer la Gran Bretaña, esa infatigable agente de la paz? Ya no la escuchaban en París ni en Turín, y sus observaciones se perdían en medio del primer ruido de las armas. Sin embargo, el gobierno inglés volvió á dirigirse á Viena: la intimación había sido llevada á Milán; nada más fácil que retirarla. La reciente concesión de la Cerdeña sería la justificación natural de aquella retirada. A este lenguaje, Buol opuso una obstinación invencible y triste: «Cierto es que ignorábamos aún las resoluciones del Sr. de Cavour, cuando acordamos los términos de nuestra intimación, contestó el ministro austriaco; pero nunca hubiéramos consentido en tomar asiento en un congreso al lado de los representantes de Cerdeña; por consiguiente, de todos modos, la divergencia hubiera subsistido.» Lo mismo declaró al Sr. de Banneville. Dirigiéndose otra vez al embajador británico, le dijo: «No nos conocéis, si pensáis que podemos volvernos atrás.—La opinión pública se va á declarar contra vosotros.—Hace tiempo que la Cerdeña nos insulta, y hemos de contar también con la opinión de nuestro país.—El Austria se quedará sola.—¡Quién sabe!, combatimos contra la revolución y en favor del orden europeo (1).» Así fracasaban los últimos esfuerzos de Inglaterra. Prolongándose éstos en los días siguientes, tuvieron el inesperado resultado de contener durante una semana las armas de Austria y quitarle á ésta el fruto de su brusca iniciativa, salvando quizá de ese modo al Piamonte. Todo se volvía contra la desdichada monarquía austriaca, hasta los buenos oficios de su fiel aliada.

En la tarde del 23 de abril, los dos mensajeros austriacos, portadores del ultimátum, llegaron á Turín por vía de Milán: éstos eran el barón de Kellesberg y el conde Ceschi de Santa-Croce. Atravesaron la ciudad, llena de bullicio y agitación, entregada febrilmente á belicosos preparativos. Al pasar cerca de la Cámara de

(1) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 321.

los diputados, tropezaron con un gentío tan compacto que las anchas calles de la ciudad parecían estrechas. Es que en aquel momento se discutía en el palacio Carinián el proyecto de ley que, en caso de guerra, confería al rey, por todo el tiempo que durasen las hostilidades, la plenitud de los poderes civiles y militares. Se comentaban las palabras del ponente de la ley; se esperaban las declaraciones de Cavour; se hacían cálculos sobre los votos en pro ó en contra; y los grupos tumultuosos, que llenaban las inmediaciones del palacio, recogían con avidez las noticias de la sesión. Votado el proyecto, Cavour salió de la Cámara y dijo: «La legislación que acaba es la última del Parlamento piamontés; el año que viene abriremos el primer Parlamento italiano (2).» Una vez en su casa, se le anunció la presencia de los oficiales austriacos. Recibiólos inmediatamente y leyó con atenta curiosidad la intimación de los que ya podía llamar sus enemigos. En aquel documento Buol reconstituía la historia de las últimas negociaciones, desmentía en nombre de Austria toda idea agresiva, sentaba que la única garantía sería de conciliación sería la reducción del ejército al contingente de paz y el licenciamiento de los cuerpos francos; sentía que todos los esfuerzos en ese sentido hubiesen sido hasta entonces infructuosos, y continuaba luego en estos términos: «El emperador, mi augusto amo, se ha servido ordenarme intentar directamente un supremo esfuerzo para hacer volver al gobierno de Su Majestad Sarda sobre la decisión que parece haber tomado. Tal es el objeto de esta carta. Tengo el honor de rogar á Vuecencia que tenga á bien tomar su contenido en la más seria consideración y hacerme saber si el gobierno real consiente ó no en poner sin dilación su ejército en pie de paz y licenciar á los voluntarios italianos. El dador, á quien os serviréis, señor conde, entregar vuestra contestación, lleva el encargo de permanecer, con tal objeto, á vuestra disposición durante tres días. Si pasado ese término no recibiese contestación ó ésta no fuese completamente satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias de esa negativa recaerá toda entera sobre el gobierno de Su Majestad Sarda. Después de haber agotado en vano todos los medios conciliantes para proporcionar á sus pueblos la garantía de paz sobre la cual el emperador tiene derecho á insistir, Su Majestad, muy á pesar suyo, tendrá que recurrir á la fuerza de las armas para obtenerla.»

Después de haber leído el mensaje, Cavour despidió á los enviados, guardándose bien de comunicarles en seguida su negativa, pues convenía utilizar el plazo hasta el fin, ya para completar los preparativos militares, ya para permitir que llegasen los primeros auxilios extranjeros. Expirado el plazo de tres días, á las cinco y media de la tarde del 26, el barón de Kellesberg fué nuevamente introducido en casa del presidente del consejo, quien le entregó la contestación, cuyo sentido no era dudoso para nadie. El gobierno sardo rechazaba «la intimación amenazadora» del Austria y echaba la responsabilidad de los acontecimientos futuros sobre los que «se habían armado los primeros.» En el momento de ir á retirarse el mensajero austriaco, Cavour le manifestó cortésmente la esperanza de que volvería á verlo

(2) Massari, *Il conte Cavour*, pág. 319.

en días más felices; y lo hizo acompañar luego por el coronel Gavone hasta la frontera. Mientras tanto, la antecámara se había llenado de amigos del ministro, deseosos de conocer los términos de la contestación y de grabar sobre todo en su memoria una escena tan memorable para la historia de su país. Terminada la entrevista, Cavour se presentó en el umbral de su gabinete. En su rostro se leía la expresión de una alegre esperanza y la apacible serenidad del hombre que después de haber alcanzado, por medio de la prudencia ó por medio de la astucia, los últimos límites de la previsión, confía tranquilamente á la fortuna los azares que no puede sentir ni dominar. Después de largos años de negociaciones abiertas ó de manejos tenebrosos, sentía que la principal responsabilidad iba á pasar de los diplomáticos á los soldados, de los que manejaban la pluma á los que manejaban la espada; de ahí una especie de descanso relativo de que gozaba de antemano su espíritu rendido de fatiga. Volviéndose hacia los que se agolpaban hacia él, les dijo con más desahogo que inquietud estas simples palabras: *Jacta alea est*. Y en efecto, como César, Cavour acababa de pasar el Rubicón.

XI

No había de pasarlo solo, y en eso estaba el secreto de su tranquilidad. El 22 de abril, el *Monitor* había expuesto las divergencias entre el gabinete de Viena y las demás potencias, y dejado presentir la intimación austriaca como para hacer que sus efectos fuesen irrevocables. Al mismo tiempo, había anunciado la concentración de varias divisiones sobre la frontera piamontesa. El 23, confirmó la noticia del *ultimátum*, dió á conocer la formación de cinco cuerpos de ejército y designó sus jefes. En esto, llegó á las Tullerías la petición oficial de Cavour, que reclamaba el apoyo ya seguro de Francia.

El 24 de abril era el día de Pascua. Este día de fiesta pacífica y de recogimiento religioso fué, en París, una jornada de confusión y trastorno. Los bolsistas, alocados, calculaban las pérdidas enormes de las últimas cuarenta y ocho horas. Los comerciantes se apresuraban á terminar sus negocios, y ante la perspectiva de una lucha cuya extensión, ni duración, ni desenlace nadie preveía, sólo cuidaban de limitar sus compromisos. Los políticos se asustaban de aquella aventura tan inesperada como extraordinaria y procuraban adivinar los pensamientos, los planes y las ilusiones del emperador. Los católicos sentían inquietudes por los dominios del Padre Santo. Observóse que á los oficios de la Iglesia acudió mayor concurrencia de fieles que de ordinario; pero mientras los sacerdotes entonaban el alegre *Aleluya* de Pascua, se oyó más de un sollozo: era el de las madres que, en una ferviente invocación, conjuraban á Dios que salvase á sus hijos y evitara los desastres de la guerra. Mientras tanto, las masas, al parecer más distraídas que preocupadas, llenaban los sitios públicos, ávidas de noticias y de espectáculos. Sobre todo las inmediaciones de los cuarteles se hallaban atestadas de curiosos. En ellos reinaban la agitación algo febril de las marchas, una actividad más confusa que ordenada, la excitación de lo desconocido, todo esto unido al placer de la disciplina aligerada y á esa alegría propia de

los militares en el momento de entrar en campaña. El público aclamaba á los soldados de línea que acababan de equiparse en medio de ese aparato pintoresco, alegre y desaliñado, peculiar de los ejércitos del segundo Imperio; admiraba luego á los granaderos y á los cazadores de la guardia en su soberbio y correcto uniforme que no presentaba todavía ninguna mancha de vivaque ni de batalla. Mucha gente del pueblo, gracias á una consigna indulgente, se metían en los patios de los cuarteles, y mientras los muchachos abrochaban alegrementemente los cinturones, sujetaban las mochilas ó sostenían los fusiles, las hermanas y las novias se despedían de los que iban á marchar. De vez en cuando, un toque de cornetas anunciaba que algún batallón, después de haber terminado sus preparativos, se dirigía hacia la estación de Lyon; y la multitud lo seguía á paso militar. Un síntoma particular se observó en aquellas salidas de tropa. A medida que los soldados avanzaban por el arrabal de San Antonio, las banderas eran más numerosas y las aclamaciones más nutridas. Nadie hubiera reconocido al terrible barrio tan castigado durante la insurrección de Junio y tan furioso por el golpe de Estado. Parecía que, al separarse de sus antiguos amigos, el emperador había conquistado otros. Y es que el instinto democrático había adivinado la desviación de la política imperial y, á fin de evitar todo paso atrás, procuraba estimularla: no se aclamaba al gobierno, ni siquiera al ejército que iba á batirse, sino á la guerra revolucionaria de que el Imperio iba á ser á la vez instrumento y víctima.

En medio de aquellas preocupaciones, en las Tullerías se acordaron de que había un Cuerpo legislativo. De buena gana se hubiera prescindido de él, de tal modo habían disgustado los sentimientos pacíficos que, dos meses antes, se habían manifestado en el Palacio Borbón. Pero se necesitaban hombres y dinero. A pesar de las fiestas de Pascua, se convocó á los diputados. Estos llegaron presurosos, unos ostensiblemente tristes, otros ocultando bajo una aprobación obligada sus reales inquietudes, la mayor parte inclinando la cabeza bajo los hechos consumados; sólo unos pocos, ya por convicción, ya por adulación al soberano, iban y venían bulliciosamente, pronosticaban la próxima victoria y ensalzaban el tino de la nueva política. A pesar de aquellas disposiciones más resignadas que favorables, echábase de ver que el *ultimátum* de Austria había ofendido tanto como una bravata. El 26 de abril, apenas abierta la sesión, Walewski leyó desde el banco de los consejeros de Estado el resumen de las negociaciones que habían conducido á tan triste fin. Napoleón III tenía un arte consumado para revestir de un reflejo de equidad y de generosa grandeza sus más arriesgados planes. El documento oficial ponía rigurosamente de relieve la obstinación del Austria, rebelde á toda concesión, empeñada en defender hasta sus usurpaciones; á ese egoísmo estrecho oponía los amplios puntos de vista del emperador, que se había adherido á la misión Cowley, al proyecto de congreso, á la proposición de desarme, en una palabra, á todas las combinaciones imaginadas por Europa á fin de asegurar la paz. El ultimátum austriaco proporcionaba al orador ministerial un final triunfante y le permitía afirmar con ciertos visos de verdad que, si Francia tomaba las armas, era no